

—Gran placer.

—Mis respetos al doctor.

—Cuidado con el lobo.

—Les gusta la broma,—observó en alta voz Catalina.—¡Juventud!

Por fin llegaron á casa de Federico. Luisa tiró de la campanilla con fuerza muchas veces; la puerta se entreabrió y el conserje contestó á su pregunta: «No.»

—¡Si debe estar acostado!

—Le digo á usted que no. Hace mas de tres meses que no se acuesta en su casa.

Y el ventanillo de la garita cayó de golpe como una guillotina. Pero permanecían en la oscuridad, bajo la bóveda, cuando una voz furiosa las gritó:

—¡Salgan ustedes!

La puerta se abrió de nuevo, y salieron.

Luisa tuvo precisión de sentarse en una piedra, y lloró con la cabeza entre las manos, copiosamente, con todo su corazón. Amanecía; pasaban algunas carretas.

Catalina la condujo sosteniéndola, besándola, diciéndole toda clase de cosas bondadosas sacadas de su experiencia. No debía tomarse tanta pena por los enamorados. Si aquel faltaba, otros encontraría.



III

CUANDO se hubo calmado el entusiasmo de Rosanette hacia los guardias móviles, volvió á ser encantadora como nunca, y Federico tomó la costumbre insensiblemente de vivir en casa de ella.

Lo mejor del día era la mañana en su terraza. En bata de batista y los piés desnudos en sus pantuflas, iba y venía alrededor de Federico, limpiaba la jaula de sus canarios, mudaba el agua á sus peces encarnados, y jardineaba con una paleta en la caja llena de tierra, en que crecía una enredadera de capuchinas, que adornaba la pared. Luego apoyados de codos

en su balcón, miraban juntos los coches, los transeuntes, y se calentaban al sol, y formaban proyectos para la noche. Ausentábase él durante dos horas lo más; enseguida se iban á un teatro cualquiera, á los proscenios, y Rosanette, con un gran ramo de flores en la mano, escuchaba la orquesta, mientras Federico, pegado á su oído, le contaba cosas joviales ó galantes. Otras veces, tomaban una calesa que les llevaba al bosque de Boulogne, y se paseaban por él tarde hasta la media noche. Por fin se volvían por el Arco de Triunfo y la gran Avenida, respirando el aire, con las estroallas sobre sus cabezas, viendo el fondo de la perspectiva, todos los faroles de gas alineados como doble cordón de perlas luminosas.

Federico la esperaba siempre cuando tenían que salir; tardaba mucho en arreglar debajo de la barba las dos cintas de su capota; y se sonreía á sí misma delante de su armario de espejo.

Después cogía su brazo y le obligaba á mirarse al lado de ella.

—¡Qué bien estamos así los dos juntos! ¡Amor mío, te comerá!

El era ahora su casa, su propiedad. De este pensamiento se veía en su rostro un rayo perpetuo, y al mismo tiempo parecía más lánguida en sus maneras, más redondeada de formas;

sin poder decir en qué, encontrábala él cambiada, sin embargo.

Un día le contó como noticia muy importante que el Sr. Arnoux acababa de montar un almacén de blanco á una antigua obrera de su fábrica; allí acudía todas las noches, «gastaba mucho»; la semana pasada, sin ir más lejos, la había regalado un mobiliario de palisandro.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Federico.

—Estoy segura.

Delfina, cumpliendo órdenes suyas, había tomado informes. Mucho debía querer á Arnoux, para ocuparse de él con tal interés! Pero se contentó con responder:

—¿Qué te importa todo eso?

Rosanette se mostró sorprendida de aquella pregunta.

—El canalla me debe dinero ¿No es abominable verle manteniendo mendigas?

Y con expresión de odio triunfante, añadió:

—¡Pero se burla de él lindamente! Ella cuenta con otros tres individuos ¡Tanto mejor! Y que le coma hasta el último céntimo; me alegraré.

Arnoux, con efecto, se dejaba explotar por la Bordelesa, con la indulgencia de los amores serviles.

Su fábrica no marchaba ya, el conjunto de sus negocios era deplorable, tanto que para po-

nerlos de nuevo á flote, pensó primero establecer un café cantante, donde solo se cantarían obras patrióticas; si el ministro le concedía una subvención, aquel establecimiento se convertiría á la vez en foco de propaganda y en manantial de beneficios. Pero la dirección del Poder había cambiado y era ya cosa imposible.

Ahora soñaba con una gran sombrerería militar. Los fondos le faltaban para empezar.

No era más feliz en su interior doméstico. La señora se mostraba menos dulce con él y á veces hasta ruda. Berta se ponía siempre de parte de su padre, con lo que el desacuerdo aumentaba y la casa se hacía intolerable. Con frecuencia salía de ella desde por la mañana, pasaba el día en largos paseos, para aturdirse, luego comía en un restaurant del campo, abandonándose á sus reflexiones.

La prolongada ausencia de Federico perturbaba sus costumbres; por lo que se le presentó una tarde, suplicándole que fuera á verla como en otro tiempo, y obtuvo su promesa.

Federico no se atrevía á volver en casa de la señora de Arnoux; le parecía haberle hecho traición; pero aquella conducta era muy cobarde. Faltaban excusas. Sería preciso acabar por ir, y una noche se puso en marcha.

Como llovía, acababa de entrar en el pasaje Jouffroy cuando á la luz de los escaparates, un

hombrecillo gordo de gorra se les reunió. A Federico no le costó trabajo reconocer á Compain, aquel orador cuya proposición había causado tantas risas en el club. Apoyábase en un individuo disfrazado con un gorro colorado de zuavo, con el labio superior muy caído, la tez amarilla como una naranja, con las mandíbulas cubiertas de una ancha perilla, y que le contemplaba con ojos abiertos humedecidos de admiración.

Compain, indudablemente, estaba orgulloso de él, puesto que dijo:

—Le presento á usted á este valiente, que es amigo mío, zapatero, y un patriota. ¿Tomamos algo?

Federico le dió las gracias, y entonces empezó á tronar inmediatamente contra la proposición Rateau, una maniobra de los aristócratas. Para concluir con ellos, era preciso volver al 93. Después se informó de Regimbart y de algunos otros, tan famosos como Masselin, Sanson, Lecornu, Maréchal, y un tal Deslauriers, comprometido en el negocio de las carabinas interceptadas recientemente en Troyes.

Todo aquello era nuevo para Federico. Compain no sabía más; y le dejó diciendo.

—Hasta la vista, ¿no es verdad, porque usted es de ellos?

—¿De qué?

—De la cabeza de vaca.

—¿Qué cabeza de vaca?

—¡Ah burlón!—contestó Compain, dándole un golpecito en el vientre.

Y los dos terroristas se metieron en un café.

Diez minutos después, Federico ya no pensaba en Deslauriers. Se encontraba en la acera de la calle Paradis, delante de una casa; y miraba al piso segundo, detrás de las cortinas, la luz de una lámpara.

Por fin subió la escalera.

—¿Está Arnoux?

La doncella contestó;

—No; pero pase usted sin embargo.

Y abriendo bruscamente la puerta, dijo:

—Señora, es el Sr. Moreau.

Levantóse ella más pálida que su gargantilla. Temblaba.

—¿Qué me proporciona el honor de una visita... tan imprevista?

—Nada. El placer de volver á ver antiguos amigos.

Y sentándose, agregó:

—¿Cómo está ese bueno de Arnoux?

—Perfectamente. Ha salido.

—Sí, ya comprendo. Siempre sus antiguas costumbres de las noches; un poco de distracción.

—¿Por qué no? Después de un día de cálculos, la cabeza tiene necesidad de descanso.

Hasta elogió á su marido, como trabajador. Aquel elogio irritó á Federico, y designando sobre sus rodillas un pedazo de paño negro, con trencillas azules, preguntó:

—¿Qué está usted haciendo?

—Un cuerpo que arreglo para mi hija.

—A propósito; no la veo por aquí ¿dónde está?

—En una pensión—contestó la señora de Arnoux.

Y las lágrimas acudieron á sus ojos; procuraba contenerlas moviendo su aguja rápidamente. El había cogido, para disimular, un número de la *Ilustración*, de sobre la mesa, cerca de ella.

—Estas caricaturas de Cham, son muy graciosas, ¿no es verdad?

—Sí.

En seguida ambos callaron.

Una ráfaga movió de repente los cristales.

—¡Qué tiempo!—dijo Federico.

—Con efecto, es muy amable de parte de usted haber venido con esta lluvia horrible.

—A mí nada me importa. No soy de aquellos á quienes impide, sin duda, acudir á sus citas.

—¿Qué citas?—preguntó ella cándidamente.

—¿No se acuerda usted?

Y le colocó suavemente la mano sobre el brazo.

—Aseguro á usted que me hizo sufrir mucho.

—Tenía miedo por mi hijo.

Y le contó la enfermedad del pequeño Eugenio, y todas las angustias de aquella tarde.

—Gracias, gracias. Ya no dudo, y la amo á usted como siempre.

—¡Ah! Eso no es verdad.

—¿Por qué?

Ella le miró friamente.

—Se olvida usted de la otra. La que paseaba usted por las carreras. La mujer cuyo retrato tiene usted. Su amante.

—Pues bien, sí;—exclamó Federico—no niego nada. Soy un miserable; escúcheme usted. Si la había conquistado, era por desesperación, como un suicidio. Por lo demás, la había hecho muy desgraciada, vengándose en ella de su propia vergüenza. ¡Qué suplicio! ¿No lo comprende usted?

La señora de Arnoux volvió su hermoso rostro, tendiéndole la mano; y cerraron los ojos, absorbidos en una embriaguez que era como mecerse en una dulzura infinita. Después permanecieron contemplándose cara á cara, el uno junto al otro.

—¿Es que podía usted creer que no la amaba ya?

Ella contestó en voz baja, llena de caricias:

—No; á despecho de todo, sentía en el fondo de mi corazón que eso era imposible y que llegaría un día en que se desvanecería el obstáculo entre nosotros dos.

—Y yo también, y experimentaba necesidad de volver á ver á usted hasta morir.

—Una vez—repuso ella—en el Palais-Royal he pasado al lado de usted.

—¿De veras?

Y él le manifestó la dicha que había tenido encontrándola en casa de los Dambreuse.

—¡Pero cómo la detestaba á usted por la noche, al salir de allí!

—¡Pobre muchacho!

—¡Es tan triste mi vida!

—¿Y la mía? Si no hubiera más que las penas, las inquietudes, las humillaciones, todo lo que sufre como esposa y como madre, puesto que hemos de morir, no me quejaría; lo terrible, es mi soledad, sin nadie...

—¡Pero yo estoy aquí, yo!

—¡Oh, sí!

Un sollozo de ternura la había levantado. Sus brazos se abrieron y se estrecharon de pié en un prolongado beso.

Se oyó crujir el piso. Una mujer estaba junto á ellos; Rosanette. La señora de Arnoux la había reconocido; sus ojos desmesuradamen-

te abiertos, la examinaban, enteramente llenos de sorpresa y de indignación. Por fin Rosanette dijo:

—Vengo á hablar de negocios al Sr. Arnoux.

—No está aquí; ya lo ve usted.

—Es verdad—contestó Rosanette—su criada de usted tenía razón; perdone usted.

Y volviéndose á Federico, añadió:

—¿Estás aquí tú?

Aquel tuteo, delante de ella, ruborizó á la señora de Arnoux, como un bofetón en plena cara.

—No está aquí, le repito á usted.

Entonces la Mariscala, que miraba á uno y otro lado, dijo tranquilamente:

—¿Vamos? Tengo un coche abajo.

Él hacía como que no oía.

—Vamos, ven.

—¡Ah! sí, es buena ocasión, vaya usted, vaya usted—dijo la señora de Arnoux.

Salieron. Inclínose ella por la barandilla para verlos aún, y una risa aguda, desgarradora, cayó sobre ellos desde lo alto de la escalera. Federico empujó á Rosanette dentro del coche, se puso enfrente de ella, y durante todo el camino no pronunció palabra.

La infamia, cuya salpicadura le ultrajaba, estaba causada por él mismo. Experimentaba á la

vez la venganza de una humillación abrumadora y el pesar de su felicidad; cuando al fin iba á recogerla, se había hecho irrevocablemente imposible. Y por culpa de aquella, de aquella muchacha, de aquella pérdida. Hubiera querido estrangularla; se ahogaba. Cuando entraron en su casa, tiró su sombrero sobre un mueble y arrancó su corbata.

—Acabas de hacer una cosa decente; confíesalo.

Ella se puso arrogantemente delante de él.

—¿Y bien? ¿qué más? ¿En qué está el mal?

—¿Cómo! ¿me espías?

—¿Es culpa mía? ¿Por qué vas á divertirte á casa de las mujeres honradas?

—No te importa. ¡No quiero que las insultes!

—¿En qué la he insultado yo?

Él no tuvo qué contestar, y con acento aún más rencoroso, dijo:

—Pues la otra vez, en el campo de Marte...

—¡Ya me fastidias con tus viejas!

—¡Miserable! —y levantó el puño.

—No me mates. Estoy en cinta.

Federico retrocedió.

—¡Mientes!

—Mírame.—Y cogió una luz enseñándole su cara.—¿Lo conoces?

Pequeñas manchas amarillas pintaban su piel, que estaba singularmente hinchada. Fede-

rico no negó la evidencia. Fué á abrir una ventana, dió algunos pasos á lo largo y á lo ancho, y se dejó caer en una butaca.

Aquel acontecimiento era una calamidad, que en primer lugar suspendía su ruptura, y después destruía todos sus proyectos. La idea de ser padre, además, le parecía grotesca, inadmisibles. ¿Pero por qué? Si en vez de la Mariscalá... y su ensimismamiento se hizo tan profundo, que tuvo una especie de alucinación. Veía allí, sobre la alfombra, delante de la chimenea, una niña. Se parecía á la señora de Arnoux y á él mismo un poco; peli negra y blanca, con ojos negros, grandes cejas, y con una cinta rosa en sus cabellos rizados. (¡Oh, cómo la habría amado!) Creía oír su voz: «¡Papá, papá!»

Rosanette, que acababa de desnudarse, se acercó á él, vió una lágrima en sus párpados y le besó gravemente en la frente. Él se levantó diciendo:

—¡Pardiez! ¡no se ha de matar á esa marmotal

Entonces ella charló mucho. Sería un niño, seguramente. Se llamaría Federico. Era preciso empezar su canastilla; y viéndola tan feliz, sintió piedad hacia ella. Como en aquel momento no sentía cólera alguna, quiso saber la razón del acto de antes.

Era que la Vatnaz le había enviado aquel

mismo día un pagaré, protestado hacía ya mucho tiempo, y había corrido á casa de Arnoux para tener dinero.

—Yo te lo hubiera dado—dijo Federico.

—Más sencillo era tomar allí lo que me pertenece y devolver á la otra sus mil francos.

—¿Es eso, á lo menos, todo lo que tú le debes?

Ella contestó:

—Ciertamente.

Al día siguiente, á las nueve de la noche (hora indicada por el portero), fué á casa de la Vatnaz.

Tropezó en la antesala con los muebles amontonados; pero un ruido de voz y de música le guiaba; abrió una puerta y cayó en medio de una selecta reunión. De pié, delante del piano, que tocaba una señorita de gafas, Delmar, sério como un pontífice, declamaba una poesía humanitaria sobre la prostitución; y su cavernosa voz rodaba, acompañada por los acordes golpeados. Una fila de mujeres ocupaba la pared, en general vestidas de colores oscuros, sin cuellos de camisa ni puños. Cinco ó seis hombres, todos pensadores, acá y allá, en sillas. En una butaca, un antiguo fabulista, una ruina; y el acre olor de dos lámparas se mezclaba con el aroma del chocolate que llenaba los bols sobre la mesa de juego.

La Srta. Vatnaz, con una banda oriental al redor de los riñones, se hallaba en un rincón de la chimenea; Dussardier al otro, enfrente; parecía un tanto cohibido por su posición; además, aquél centro artístico le intimidaba.

¿Había concluído la Vatnaz con Delmar? quizás no. Sin embargo, se manifestaba celosa del excelente dependiente Federico reclamó de ella un momento de conversación, y le hizo señas de pasar con ellos á su cuarto. Cuando los mil francos estuvieron alineados, pidió ella los intereses.

—Eso no merece la pena—dijo Dussardier.

—Cállate tú.

Aquella debilidad de un hombre tan valiente agradó á Federico como en justificación de la suya. Se llevó el pagaré, y no volvió jamás á hablar del escándalo de casa de la señora de Arnoux. Pero desde entonces todos los defectos de la Mariscala se le presentaron.

Tenía un mal gusto irremediable, una incomprendible pereza, una ignorancia de salvaje, hasta considerar como muy célebre al doctor Desrogis, mostrándose orgullosa con recibirle y á su esposa, porque eran «personas casadas.» Se la echaba de maestra, con aire pedantesco, sobre las cosas de la vida, con la señorita Irma, pobre criaturita dotada de una voz también menudita, que tenía por protector á un señor muy

aceptable, expleado de Aduanas, y fuerte en los juegos de cartas, á quien Rosanette llamaba «mi gran *lulú*.» Federico no podía sufrir tampoco la repetición de palabras necias, tales como millares de insulsas muletillas; y se obstinaba además, en quitar el polvo por las mañanas á sus cacharros con un par de guantes blancos viejos. Pero lo que más le exasperaba era sus maneras con la criada, cuyo salario estaba incesantemente atrasado, y que hasta la prestaba dinero. Los días que arreglaban sus cuentas, se insultaban como dos pescaderas, y luego se reconciliaban abrazándose. Su intimidación se hacía triste; así que fué un consuelo para él cuando empezaron de nuevo las reuniones de la señora de Dambreuse.

Aquella le divertía, á lo menos. Sabía las intrigas del mundo, los cambios de embajadores, el personal de las costureras; y si se le escapaban lugares comunes, era bajo una fórmula talmente convenida, que su frase podía pasar por una deferencia ó por una ironía. Era preciso verla entre veinte personas que hablaban, sin olvidarse de ninguna, consiguiendo las respuestas que quería, evitando las peligrosas. Cosas muy sencillas, contadas por ella, parecían confidencias; la menor de sus sonrisas hacía soñar; su encanto, por fin, como el exquisito perfume que llevaba ordinariamente, eran indefinibles y com-